



PETALES asbl

## La solidez de la pareja de los padres

### Frente a los trastornos del apego de uno de sus hijos.

Tema muy importante, abordado en una reunión de padres en Quebec, este texto apareció en "RACINE", revista de PETALES-Quebec, de febrero 2009.

Más de 15 padres se reunieron y discutieron en torno al tema. Este era de talla y delicado a la vez **impacto de un hijo que sufre de trastornos del apego sobre la pareja, los hermanos y la familia.**

Un hecho compartido por el conjunto de los `padres presentes : todos estamos sometidos a duras pruebas a diario. Las tensiones y los momentos más intensos, que llevan a situaciones inevitables de crisis, aplastan poco a poco la moral de las tropas.

Que queda de la pareja de padres? Como viajan contra viento y marea a través de los años? Algunos acusan el golpe sin demasiadas averías. Otros se fragilizan y luchan por mantener el norte. Los riesgos de fracaso son cada vez mayores. Hay parejas que naufragan y se quiebran contra arrecifes puntiagudos imposible de evitar. Hay también parejas que soportaran la ruta apoyándose mutuamente de manera que pueden atravesar las tempestades.

Oímos comentar a gentes que nos son cercanas, nuestros compañeros de trabajo y a profesionales que la llegada de un niño para una pareja es una experiencia a la vez enriquecedora y que nos pone a prueba. Que un niño necesariamente levantara oleaje y desestabilizara la pareja.

Sin embargo todos tenemos la impresión de vivir esta realidad a otro nivel y con otra intensidad. Lo que está en juego es diferente y la relación con un hijo que presenta trastornos del apego, hace temblar de manera particular nuestros propios fundamentos de apego día tras día y sin tregua. La historia de nuestra pareja, su nacimiento, su progresión y lo que es a la llegada del niño deseado hace presagiar la continuación?

En este encuentro de intercambios, se invitó a los participantes a reflexionar sobre lo que es una pareja; como se forma; como se instala a diario; cómo evoluciona con los años. También se les propuso a los padres presentes un paralelo con el ciclo de confianza en una relación adulto/niño.

El encuentro de dos adultos crea un lazo. Un lazo que irá tomando poco a poco la forma de una relación de apego sostenido. Cada uno aprenderá a conocer al otro en una intimidad cada vez más grande. A esta base de un sentimiento de seguridad compartida, cada uno sabrá expresar sus necesidades al otro con la esperanza de ser correspondido por la persona amada. Al pasar los años esta relación se reforzará y eso a pesar de los malos momentos que haya que pasar.

Existen también otras historias de parejas completamente funcionales y bien adaptadas que a pesar de una cierta ambivalencia en los sentimientos íntimos compartidos; que a pesar de una respuesta mitigada a la expresión de todas sus necesidades respectivas; que a pesar de un cierto inconfor a veces resentido, esas parejas navegan bastante bien. Frágiles sobre ciertos fundamentos, los momentos más difíciles de la vida corren el riesgo cada vez de poner en cuestión su relación. La incertidumbre y una cierta desconfianza velada acechan a esta familia a echar al traste con todo.

Existen historias de parejas fundadas sobre bases de seducción inmediata en las que poco de la intimidad de cada uno se comparte de verdad. Se mantiene una reserva recíproca. Un sentimiento de seguridad y de confianza no llega a crear raíces. Ante las necesidades del otro, indiferencia evitación y huida replegándose sobre sí para evitar la intimidad, estas parejas corren el riesgo de no hacer ruta juntos largo tiempo.

Nuestros hijos que presentan trastornos del apego ponen en carne viva todo lo que está en juego en el lazo y el apego de una relación. Aprendieron a desarrollar sus propias estrategias para sobrevivir en un mundo de adultos en el que no tienen ninguna confianza y para quién la experiencia de apego ha dejado huellas dolorosas y para algunos, incluso irreversibles. Necesitan percibir nuestras fragilidades, todas nuestras fragilidades, para poder controlar mejor este entorno social y afectivo que les es tan amenazador. Vale más conocer bien al que tememos para protegernos mejor de él.

La mirada que ponen sobre nosotros y la interpretación que hacen de ella, les llevan a concluir que tienen que mantenerse al margen de toda intimidad en la relación. Usarán diferentes estrategias y adoptarán diversos comportamientos- para mantenerse así y con el sentimiento de protegerse a sí mismo sin la ayuda de nadie. Para estos niños casi no hay matices. Hay los malos y los buenos que podrían serles útiles para sobrevivir.

En la pareja hay el bueno y el malo. Al que deberán vencer y al que deberán seducir ventajosamente. Este jueguito del malo y el bueno puede variar de una persona a otra según las circunstancias y los acontecimientos que retiene el niño con T A. Aquí vemos el gran sufrimiento de estos niños que calculan sin darse cuenta de ello los

entresijos de toda relación. Hay en ellos siempre esta paradoja perturbadora que les inhabilita para estar con el otro.

El término usual para representar una tal situación es la divergencia. Somos los adultos más próximos a ellos y cotidianamente, los que día tras día les invitamos a compartir nuestra intimidad y a crear un lazo de apego sostenido y permanente. Parece evidente que seremos también los primeros en recibir sus reacciones de rechazo a esta proposición de amor.

Vemos ahora como esta prueba recurrente en una pareja, día tras día, puede, según sus fragilidades, crear una tensión tal que corren el riesgo de dividirse en dos. Parapetados poco a poco, en el rol del bueno y del malo, los padres se alejan, se pierden de vista y no echan una mirada concertada sobre su hijo que presenta esos trastornos del apego, aislados cada uno en su propia desgracia, no pueden ni siquiera compartirla.

Les acecha el peligro de considerarse como rivales en esta relación parental con este hijo y sobre todo no poder dar marcha atrás. Una trampa solapada en la que podemos insidiosamente deslizarnos es echar sobre el niño toda la responsabilidad o de culpabilizarnos a nosotros mismos.

La divergencia puede también observarse en el seno de la fraternidad o de la familia en sentido amplio. El fenómeno se produce de la misma manera y con los mismos retos. No es raro que se presente con los docentes, los profesionales y todos los que intervienen cerca de estos niños y de sus padres.

Estos niños que sufren toman sin reservas gran parte de la atención de sus padres, a veces sobrepasados y demostrando un gran cansancio, el apoyo y el acompañamiento resulta una tarea colosal para los padres agotados y a veces al borde de la depresión. Para los otros hijos de la familia la imagen que perciben de sus padres puede afectar su seguridad y crear inquietudes sobre su salud física y moral.

Podrían también sentir la amenaza de tener que dejar su familia y llevados a su vez a un internado? Podrían sentirse aislados y solos con sus sentimientos y no poder compartir con sus padres por miedo de herirlos más?

Podrían verse como niños consentidos y mimados con respecto a su hermano o hermana TA? Podrían hacerseles insoportables las tensiones cotidianas y reaccionar negativamente a todo ese estrés? Prefieren callarse para no acentuar esta tensión y buscan dar la impresión de niños buenos?.

La urgencia de la situación obliga a menudo a obrar rápidamente y como mejor sabemos. Las ondas de choque sobre los hermanos no se perciben tan rápidamente. Los mensajes los índices dados por los otros hijos de la familia pueden ser difíciles de descodificar en la lucha de cada día. Nuestra vigilancia se impone..

En el momento del encuentro se compartió un hecho: la reacción de la familia en sentido amplio. Siempre emerge este fenómeno de incomprensión y de divergencia. Una vez más podríamos referirnos a los retos del lazo de apego.

Nuestras familias tienen también su propia historia, su intimidad y sus fragilidades. Dar a conocer y reconocer el trastorno del apego a personas sacudidas por el sufrimiento y la desgracia que este presenta es también todo un desafío para la pareja. Debemos hacerle frente sin rodeos y manejar toda clase de reacciones. Sentirse incomprendido y rechazado se añade a nuestra desgracia y desconcierto.

Por el hecho de todos estos riesgos en nuestra relación con un niño que presenta trastornos del apego el soporte de una tercera persona o de un equipo, puede ser saludable y esencial. Conocer bien y reconocer los retos reales que proponen estos niños TA es también nuestra tabla de salvación, si podemos expresarnos así.

**Un camino personal se nos impone, el de volver a visitar  
nuestra propia historia de apego para poder así  
identificarnos mejor y diferenciarla de la de nuestro hijo.**

Los retos pueden así precisarse y las hacer más claras las pistas a seguir.

La solidaridad en la pareja, su complicidad, su intimidad compartida, su transparencia, su honestidad, su clarividencia y su humildad demuestran a estos niños que sufren trastornos del apego un camino de confianza y un sentimiento de seguridad para los otros hijos de la hermandad a la vez testigos y autores en toda esta historia familiar. Que nuestro estatuto sea en pareja o separado, los padres conservan siempre su estatuto de padres a los ojos de nuestros hijos que presentan trastornos del apego. Su manera de estar en relación con uno u otro de los padres evolucionará siempre según sus propios criterios y brújulas en función de su propio desarrollo.

La vida con un niño que sufre trastornos del apego discurre a otro nivel y a una intensidad muy diferente.

Un hecho compartido por todos los participantes a este encuentro:

**Levantar los desafíos cotidianos  
Supone plantearse esta vida más allá de nuestros ideales.**

Danielle Marchand  
Présidente de PETALES Québec  
février 2009